

armadas. La formación del ejército era parte fundamental de la radical reforma que emprendió Carlos III en las colonias, con vistas a aumentar los ingresos reales provenientes de estas tierras. Así el ejército se convirtió en polo del recelo y aún de la aversión con que los criollos veían reinstrumentar la explotación de la colonia, sin que ellos pudieran participar.

El funcionario español se enfrentó con la indolencia, cuando no con la abierta renuencia a cooperar en la formación de una defensa que no dejaba sitio a los novohispanos. Esta actitud provocada por la prepotencia del funcionario español, sirve a Archer para explicar centralmente los vaivenes de la formación de la tropa, sus dificultades y los indudables logros, que al menos en términos de la organización de la milicias, hubo en tiempos del virrey Branciforte.

Sin embargo, pasa por alto, y es esta una carencia fundamental, el carácter represivo del ejército. Carácter que no por velado, pudo dejar de testimoniar la colonia. Desde su arribo, estas fuerzas fueron utilizadas para llevar a cabo, con una energía hasta entonces desconocida, las medidas que inauguraron las reformas.

La presión criolla por apoderarse del control de la fuerza militar, sobre todo de la miliciana, significó la lucha política fundamental. Hemos ya hablado del papel ideológico que jugó la guerra, y no cabe duda que su ausencia en las colonias debe haber creado una "sed de puestos" entre los enriquecidos criollos como quiere C. Archer. Pero esto era sin duda accesorio. Si los criollos mostraron tal exigencia era por el poder político que esto conllevaba. El crear una novedosa institución recargada de poder y privilegios cuyo control se niega, de nue-

va cuenta, al poder económico local, tocó el nervio más delicado de las relaciones de las clases propietarias con el soberano; desde siempre, los criollos habían luchado por la participación en el dominio político de la colonia.

Resta sólo añadir que al considerable esfuerzo de haber sabido entrelazar tan estrechamente una historia institucional a la más amplia y compleja trama de historia social, Archer añade los frutos de una investigación meticulosa que ha urgado en las fuentes primarias de los archivos más diversos. La obra, cuya traducción publica el Fondo de Cultura Económica, viene sin lugar a dudas a enriquecer nuestro conocimiento de una etapa histórica, que más y más muestra las peculiaridades de una época con características propias: la época de las Reformas Borbónicas.

## Artesanía, comercio y ciudad

Virginia García Acosta

Jorge González Angulo  
*Artesanado y ciudad a finales del siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica— SEP, Sep/80  
núm. 49, 1983, 248 pp.

Durante mucho tiempo se estudió a la ciudad de México en la época colonial desde la perspectiva de las

crónicas, leyendas y anécdotas. Si bien todas éstas han sido útiles, en los últimos años se han realizado diversas investigaciones que tienen como fin un análisis científico y sistemático del fenómeno urbano. En un principio se cayó en vicios como identificar a la ciudad novohispana con las ciudades feudales

o preindustriales, trasladando de manera mecánica enfoques y conceptos europeos al caso mexicano. Ello provocó enormes confusiones que se intentan esclarecer con nuevas investigaciones y profundas reflexiones y discusiones, las cuales se han emprendido en base a la reinterpretación de los datos y a la

obtención de nuevas informaciones acudiendo a fuentes inéditas y directas. La preocupación de esta nueva visión ha sido un intento por entender el proceso de constitución, evolución y funcionamiento de lo urbano en su propio contexto, como producto de la sociedad que lo vive.

Dentro de este marco se inscribe el trabajo de Jorge González Angulo, que estudia un aspecto de la ciudad de México en la época colonial tardía: el artesanado. A diferencia de los pocos estudios que existen sobre historia del trabajo colonial, González Angulo aborda la dinámica social de este tipo de productores urbanos y, a través de ella, la de la ciudad en su conjunto. La ciudad no es otra cosa que el resultado de la acción social de sus moradores, entre los cuales el artesanado colonial conformó un sector bien significativo. El autor no se limita a estudiar exclusivamente determinados aspectos del artesanado de la ciudad, sino que analiza el caso desde una amplia perspectiva que permite, quizá por primera vez, tener una visión estructural del fenómeno.

Los artesanos, para González Angulo, no constituyen el pasado muerto de los obreros, ni han inhibido el desarrollo del proletariado, como frecuentemente se ha dicho. Ambos forman parte de una misma historia; son partes de un proceso a lo largo del cual se fue definiendo la clase trabajadora de nuestro país.

Cada uno de los ocho capítulos

que comprende el libro constituye un tema en sí, un pequeño artículo que, a su vez, forma parte inseparable del conjunto. En términos generales el libro podría dividirse en dos secciones. En una de ellas se sitúa al artesanado en el marco de la capital novohispana: el papel de la producción industrial, su organización gremial y su distribución en el espacio urbano. Una segunda parte trata los problemas inherentes al grupo de estudio, esto es, la composición del taller artesanal, así como las condiciones étnicas y sociales de los maestros-propietarios y de los productores-oficiales. Termina el libro con un capítulo que incluye una interesante discusión sobre el carácter transitorio de las clases sociales en ciertos periodos de la historia y la situación de subordinación cada vez mayor del trabajo al capital comercial en los albores de la independencia.

Este último tema preocupa al autor a todo lo largo de su obra, si bien lo trata con mayor amplitud en algunos capítulos. Constituye uno de los elementos medulares para entender los cambios que se fueron gestando, particularmente durante el último siglo de dominación española. Como el mismo González Angulo señala, "la forma productiva artesanal tiene como característica esencial la unidad del trabajo con el capital", es decir, "el artesano es propietario absoluto de las condiciones de su trabajo". El gremio funcionaba como reproductor de estas condiciones en las que el capital aún no subordinaba al trabajo, en que ambos factores existen de manera diferenciada. Sin embar-

go, es precisamente a lo largo del siglo XVIII que esta situación empieza a cambiar de manera radical.

Los gremios, que tenían como fin mantener en igualdad de condiciones a los maestros artesanos y evitar la competencia entre ellos, se convierten poco a poco en organizaciones consideradas caducas, ya que "frenaban" el desarrollo de la producción. En estos términos, el crecimiento y desarrollo de la producción "no significa otra cosa que la destrucción del predominio del trabajo sobre el capital" y es este último, en su condición de capital comercial, el que empieza a imponerse. El control de los gremios artesanales no sólo de la producción, sino también de la venta de sus productos, había sido una de sus características más importantes durante siglos. Los comerciantes a través de mecanismos como el financiamiento, créditos, entrega de materia prima, y de negociar con los productores artesanales, empiezan a sostener un control cada vez mayor sobre la casi totalidad de los artesanos con talleres pequeños y medianos. Con la irrupción dominante del capital comercial en la producción se pone en marcha el proceso de la difícil transición en la organización de las relaciones productivas.

El análisis serio y coherente de asuntos como el anterior, es una constante en el libro de González Angulo. No obstante, una de sus mayores virtudes reside precisamente en no dar un tratamiento segmentado de los problemas sino, por el contrario, aportar una visión de conjunto del fenómeno tratado.